LA SOCIEDAD PADECE DE SORDOMUDEZ CULTURAL

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia en la misa del 23º domingo durante el año (10 de setiembre de 2006)

1. Para comprender el texto evangélico de los domingos de este año, y así crecer en la inteligencia de la Palabra de Dios: recomiendo el tomito quinto de "Jesús habla a su pueblo", del P. Luis Heriberto Rivas, profesor de la Facultad de Teología que funciona en el Seminario. Una joya de un entendido en la Biblia, para acercar la Palabra de Dios al pueblo.

I. "LO SEPARÓ DE LA MULTITUD, Y LLEVÁNDOLO APARTE…."

2. El pasaje evangélico de este domingo parecería intrascendente. Apenas un milagro de Jesús que cura a un sordomudo: Marcos 7,31-37. Pero en los Evangelios nada es intrascendente.

San Marcos dice que "Jesús lo separó de la multitud (al sordomudo) y, llevándolo aparte, le puso los dedos en las orejas y con su saliva le tocó la lengua" (v. 33). Si bien Jesús realiza sus milagros generalmente por medio de su palabra, también ha curado a algunos a distancia, y a veces, como en este caso, toca a la persona que quiere curar. De este modo pone de relieve su contacto con el ser humano. Para redimirnos y sacarnos de nuestro pecado él no lo hizo dando una orden desde el cielo, sino que descendió a nuestro mundo y se introdujo en nuestra historia.

La lección es preciosa para los que tenemos algún tipo de cura de almas: pastores, padres, catequistas, maestros. Pues para cumplir nuestra misión debemos sintonizar con el otro.

3. Hoy quiero subrayar otro aspecto: Jesús aparta de la multitud a quien quiere curar de su sordera y mutismo, y lo atiende en privado, a solas.

Comparemos con otros pasajes del mismo evangelista. San Marcos emplea una frase parecida cuando Jesús explica las parábolas a sus discípulos (cf Mc 4,34), o la dificultad que probaron en expulsar un demonio (cf Mc 9,28); o les anuncia la destrucción del Templo (cf Mc 13,3); o quiere que descansen del trajinar de la gente (Mc 6,31-32). Pero, sobre todo, cuando se transfigura ante ellos y les hace escuchar la voz del Padre: "Este es mi Hijo muy querido, escúchenlo" (cf Mc 9,2).

O sea: cuando Jesús quiere abrir el oído espiritual de sus discípulos y soltarles la lengua para hacerlos profetas de su Evangelio: los lleva a solas, les enseña en privado.

II. LA PRIVACIDAD Y EL SILENCIO: CONDICIÓN NECESARIA PARA ESCUCHAR Y HABLAR

4. Esta privacidad nada tiene que ver con un supuesto "secretismo" de Jesús. Él no tenía doctrinas esotéricas, extrañas, distintas de las que proponía al pueblo, y que expondría sólo a algunos discípulos; por ejemplo a Tomás, a Felipe; a Judas, a María Magdalena. Es lo que fantasearon grupos gnósticos del siglo II, que pretendían que la salvación se alcanzaba por el conocimiento de una sabiduría secreta trasmitida sólo a algunos. Tales grupos copiaron elementos del cristianismo, pero nunca fueron iglesias cristianas, como torpemente afirmaron algunos medios cuando la reciente alharaca por el Evangelio de Judas, cuya existencia conocían mis alumnos de Patrología desde la década del 50.

La consigna de Jesús fue siempre: "lo que yo les digo en la oscuridad, repítanlo en pleno día; y lo que escuchen al oído, proclámenlo desde lo alto de las casas" (Mt 10,27).

La privacidad que busca Jesús para su trato con algunas personas es la requerida por la naturaleza misma del encuentro. Como la privacidad de los esposos, de los amigos, del maestro con su alumno, del padre espiritual con su dirigido. Es la privacidad que uno mismo necesita para encontrarse consigo mismo, para orar, para pensar, para descansar.

III. LA SORDOMUDEZ CULTURAL MODERNA

5. Hoy nada es privado. Todo tiene que ser publicitado, mostrado a la luz del día, Lo privado es sospechado de antidemocrático. De allí, los reality shows. ¡Dios mío! ¿Esa es la realidad a mostrar? De allí, también en ciertos países la propaganda de algunos partidos políticos que muestran a su candidato desnudo: "Fulano no tiene nada que ocultar". Se cae en el absurdo de mostrar la cola del candidato, en vez de mostrar su honestidad e inteligencia.

Igualmente, todo debe ser respondido en forma inmediata. Ni se te ocurra decir: "lo voy a pensar". Una pausa para reflexionar puede esconder una intención aviesa. De allí, también, muchos programas de opinión por la TV. En ellos importa la discusión entendida en el sentido vulgar de la palabra: "se armó una discusión, una pelea". Eso aumenta el ranking. No interesa la discusión en el sentido original: "discurrir", correr desde una verdad parcial hacia una verdad más plena. Lo cual es el alma del diálogo. Casi nunca importa el planteo adecuado de la cuestión. Ni la exposición serena de los pros y de los contras. De allí, la manía de algunos funcionarios de salir a refutar dichos que nunca fueron dichos, pero que hipotéticamente afectarían a su gobierno. De allí, la defensa a priori que hacen personas encumbradas de su derecho a decir lo que piensan, pero sin preocuparse de pensar lo que dicen.

La locuacidad que impera en la vida moderna es síntoma inequívoco de una patología aguda de sordomudez cultural. Pronunciamos muchas palabras, pero ininteligibles. De allí, que vivamos en una Babel. No es lo mismo ser locuaz que elocuente. Estamos más "comunicacionados", pero no más comunicados.

IV. SILENCIO Y DIÁLOGO EN LA IGLESIA

6. Los cristianos no somos ajenos al ambiente babélico que vivimos. Dejando de lado hoy el mal uso de la TV **en familia,** miremos ciertas discusiones familiares. Un verdadero cacareo, en el que no se sabe de qué se discute. Y se mata la alegría de una reunión destinada a unir a la familia. ¿Por qué no proponer bien el tema que se discute y ceñirse a él?

En cuanto a **las instituciones eclesiales de diálogo**: el consejo pastoral (diocesano y parroquial), el consejo presbiteral y otros, tampoco están inmunes de los defectos que criticamos en los organismos de la sociedad civil. A veces una "lluvia de ideas", que es apenas la primera reacción que nos provoca una palabra, es tomada como si fuese un pensamiento pastoral madurado con el aporte de todos. De allí que, a veces, esas discusiones, en vez de aunar criterios de comunión, aumentan el desconcierto pastoral.

7. Vengamos a algo pequeño, pero muy importante: **el momento de silencio después de la comunión**. La norma litúrgica dice: *"según las circunstancias, se puede guardar un rato de sagrado silencio, o entonar un salmo o cántico de alabanza".* Ese ratito de silencio hoy nos desespera. Sin aguardar a que se rece la oración después de la Comunión, nos apuramos a rellenarlo: con avisos parroquiales, aplausos por los cumpleaños, discursitos de los confirmados y de sus catequistas, etc. Mons. Sueldo, presidente de la Comisión de Liturgia, decía: "en la Liturgia algunas cosas están mal, pero no porque están prohibidas, sino que están prohibidas porque están mal". Hagamos el momento de silencio después de la Comunión, concluyamos con la oración de acción de gracias, volvamos a sentarnos un par de minutos, y, antes de la bendición final, demos lugar a los avisos parroquiales y expresiones de afecto.

8. Jesús *"levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo al sordomudo: 'Efatá', que significa 'Ábrete'" (Mc 7,34).* Para que los cristianos cumplamos nuestra misión de curar a un mundo locuaz pero sordomudo, importa que también Jesús nos abra el oído y nos suelte la lengua.

Mons. Carmelo Giaquinta, *arzobispo emérito de Resistencia*